

180
Zij

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO
FACULTAD DE PSICOLOGIA

" ESTILOS DE CRIANZA EN MEXICO: ESTUDIO EPIDEMIOLOGICO "

T E S I S

Que para obtener el Título de Licenciado en Psicología

P R E S E N T A N

Sandra Alicia Osorio Roman
Sonia Sánchez Mejía

Director de la Facultad
Dr. Juan José Sánchez Sosa

Director de Tesis
Dra. Laura Hernández Guzmán

México, D.F., Septiembre 1996.

**TESIS CON
FALLA DE ORIGEN**

**TESIS CON
FALLA DE ORIGEN**



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A nuestra Directora de Tesis:

Laura, te agradecemos todas tus atenciones para lograr nuestra meta.

A nuestros Sinodales:

Mtra. Fayne Esquivel Ancona

Mtra. Elda Alicia Alva Canto

Mtra. Blanca Elena Mancilla Gómez

Lic. Marquina Teran Guillen

Gracias por sus consejos y el tiempo dedicado a este trabajo.

Queremos agradecer en especial al Lic. Ricardo García quien nos ayudo y apoyó en la iniciación de este trabajo.

A mis Padres y Hermanos

A mi Esposo y mi Hija

INDICE

RESUMEN.....	1
INTRODUCCION.....	2
CAPITULO I	
ANTECEDENTES HISTORICOS DE LA CRIANZA.....	4
CAPITULO II	
ESTILOS DE CRIANZA.....	13
CAPITULO III	
RELEVANCIA DE LA CRIANZA SOBRE LA SALUD.....	34
MENTAL DEL INDIVIDUO	
METODO.....	45
RESULTADOS.....	54
CONCLUSIONES.....	61
DISCUSION.....	68
BIBLIOGRAFIA.....	71

RESUMEN

Las investigaciones que se han realizado sobre los estilos de crianza son aparentemente recientes y se han llevado a cabo en contextos sociales e idiosincrásicos diferentes al de nuestro país, de aquí deriva la importancia de esta investigación.

Dada esta panorámica, para esta investigación, se intentó analizar cómo se dan los estilos de crianza en México. Se trabajó con estudiantes adolescentes entre 15 y 18 años, con un nivel socioeconómico medio bajo, medio y medio alto. Se empleó una de las tres secciones del Inventario de Salud, Estilos de Vida y Comportamiento (SEVIC) desarrollado por Sánchez Sosa y Hernández Guzmán, que recolecta datos sobre variables de interacción familiar y crianza.

Los resultados se obtuvieron por medio de un análisis descriptivo de datos, calculándose medias de las frecuencias y porcentajes.

INTRODUCCION

Es importante considerar como objeto de estudio los estilos de crianza que se dan en una u otra sociedad. Estos, según lo indica la investigación relevante, son determinantes para el desenvolvimiento del individuo en su medio ambiente. Es decir, que el individuo en situaciones óptimas tenga un buen concepto de sí mismo, que se sienta competente, que muestre autonomía e independencia, que sea capaz de establecer relaciones interpersonales afectivas y con un alto grado de capacidad para la solución de problemas. Al no existir un equilibrio entre estos factores, se derivan conflictos internos, frustraciones, depresiones y en casos extremos, el individuo puede llegar a niveles severos de desadaptación.

A través de los años la crianza infantil ha estado determinada por creencias populares y en ocasiones reducida solamente al cuidado y atenciones de tipo básicas, como alimentación, el vestido, etc. Sin embargo, paralelamente a estos supuestos informales, han surgido teorías psicológicas las cuales estudian a fondo una amplia gama de variables que participan en la crianza.

Varios autores han realizado clasificaciones de los estilos de crianza tomando en consideración diferentes dimensiones

como por ejemplo afecto, hostilidad, permisividad, restricción, indulgencia, democracia, autoconcepto, etc. Aunque dichas clasificaciones no son tajantes en cuanto al uso de tales dimensiones, en términos generales muestran consistencia entre ellas (Baldwin, 1949; Baumrind, 1967; Coopersmith, 1967; Elder, 1962; Sears, Maccoby & Levin, 1957).

Por otro lado, se han realizado investigaciones en las que se han correlacionado dos o tres dimensiones observando así ciertos efectos en los estilos de crianza. En estas investigaciones se ha considerado la percepción directa de los hijos de las conductas de sus padres hacia ellos (De Man & Welsh, 1987; Koudelkova, 1989; Parish & McCluskey, 1992).

Las investigaciones anteriores muestran que los estilos de crianza son un aspecto importante a estudiar ya que de ellos depende el desarrollo integral del individuo. Sin embargo, es importante analizarlos desde el punto de vista de nuestra idiosincrasia y establecer cómo se dan los estilos de crianza en la población mexicana.

CAPITULO I

ANTECEDENTES HISTORICOS DE LA CRIANZA

Generalmente son los padres, y en especial la madre, quien asume la responsabilidad de cuidar y educar a los hijos. Sin embargo, los padres se ven influenciados por la sociedad a la que pertenecen para criar a sus hijos.

Los patrones de conducta de cada sociedad generalmente son un conjunto de creencias que se van dando de generación en generación, las que forman un conjunto informal de supuestos acerca de los cuidados y crianza de los niños. Paralelamente a estos supuestos informales, han surgido teorías psicológicas haciendo hincapié en la importancia de la infancia y en la consideración especial que requieren los niños.

En el México antiguo, antes de la conquista, la educación y crianza de los niños del pueblo estaba a cargo de los padres. Tanto el padre como la madre inculcaban en sus hijos sus respectivos oficios. A los varones se les enseñaba el oficio del padre y ayudaban a éste en los trabajos diarios ya fueran de alfarería, pintura o agricultura. Las niñas aprendían de la madre a moler maíz, tejer, hacer tortillas.

El cuidado de los hijos de los nobles se encomendaba a los servidores de la casa y a niños de mayor edad, quienes tenían

la misión de cuidarlos, de participar en sus juegos y de vigilar su conducta. Era frecuente que se amamantara a los niños pequeños por nodrizas y no por sus propias madres. Ambos padres sólo tenían un papel secundario en su educación. En la época de la adolescencia ingresaban a la escuela, las cuales estaban dirigidas por sacerdotes. En estos sistemas escolarizados la educación era rigurosa y dominante, pretendían fomentar las aptitudes para el mando y una fuerte conducta moral.

Entre los indios del norte de México se acostumbraba, debido a la escasez de alimento, que las propias madres amamantaran a los niños hasta bien entrada la infancia, época en la que por sí solos podrían buscar su alimento. A los niños que no presentaban buena salud y fuerza para subsistir se les dejaba morir o les mataba. A los niños que lograban sobrevivir se les adiestraba en el uso del arco y la flecha, ya que se les consideraba como gente de guerra, y se les ejercitaba con duros movimientos de agilidad con el fin de que fueran buenos corredores y saltadores (Escalante, 1985).

Entre los totonacas, el cuidado de los niños pequeños quedaba a cargo de la madre, sobre todo la época de la lactancia que estaba determinada por la llegada de otro hijo. A la edad de 10 años se les incorporaba al trabajo. Durante la adolescencia, los padres elegían el esposo o esposa

adecuados para sus hijos sin importar los pensamientos de sus propios hijos (Melgarejo Vivanco, 1985).

Al parecer en las antiguas culturas mexicanas, la madre estaba a cargo de la crianza de los hijos, sobre todo de los de menor edad, ya que al crecer se inclinaban por el progenitor del mismo sexo para recibir alguna enseñanza. Sin embargo, la educación era predominantemente autoritaria y a los niños no se les tomaba pareceres, sencillamente se les educaba de una manera dominante. Los padres o quienes estuvieran a cargo de los niños decidían lo más conveniente para ellos. Se puede decir que la educación en ese entonces era estricta y dominante.

Estas prácticas aparentemente han perdurado en nuestro contexto de generación en generación, pero también han recibido la influencia de corrientes extranjeras, principalmente de Estados Unidos. Sobre todo en lo referente a las recomendaciones que generalmente proporcionan médicos, psicólogos, trabajadores sociales, educadores, etc.

Durante los siglos XVII y XVIII, la actitud de la sociedad ante la infancia era rígida en cuanto a los valores y normas morales. El alto grado de mortandad que sufría la población infantil en ese entonces era muy elevado. Se consideraba a los niños como adultos, exigiéndoles un comportamiento de adultos en educación como en sometimiento al trabajo. En ese

tiempo, tanto las tareas asignadas a los niños como las costumbres y la vestimenta eran muy parecidas a las de sus padres (Baylin, 1960). Se consideraba que los niños, sin importar su edad, eran capaces de trabajar en las mismas actividades y al mismo ritmo que los adultos, cumpliendo así una jornada completa de trabajo. Se pretendía criar a los niños con esta tendencia y con una disciplina severa.

La escuela cumplía un papel importante ya que se le consideraba como una extensión del ambiente familiar. Al profesor se le consideraba como un suplente de los padres, quien tenía facultades de criar a los infantes más que enseñar con respecto a alguna materia. Esta tendencia perduró hasta las primeras décadas del siglo XIX.

Fue hasta principios del siglo XIX que debido al desarrollo industrial y económico se pudo proteger a los niños de los trabajos pesados, ya que se requería del trabajo de los hombres fuertes e iban disminuyendo las oportunidades laborales que tenían los niños. Con esta situación social se fue definiendo el papel de la mujer dentro de la estructura familiar, la cual asumió un papel determinante en la crianza de los hijos (Demos, 1970). Además prevalecía la idea de que las fuerzas naturales hacia el mal podían corregirse pronto y prevenir que el niño adquiriera malos hábitos, esto se lograría a base de disciplina rígida.

En los últimos años del siglo XIX surgió una concepción en donde se enfatizaba la bondad, inocencia e inmadurez de la infancia. Con esto se recomendaba a los padres mayor comprensión hacia sus hijos, una actitud más benevolente y una disciplina menos severa. Esta concepción colocó al niño en otra perspectiva, en donde no podía asumir una responsabilidad adulta ni comportarse como tal. Jacob Abbot fue el promotor de esta concepción.

Es en esta misma época cuando el psicólogo Stanley Hall propone restringir el trabajo infantil en Estados Unidos, aludiendo a que el desarrollo infantil pasaba por etapas bien definidas, las cuales podrían verse afectadas por las arduas jornadas de trabajo. Esto no sólo provocaría un desequilibrio en el niño, sino afectaría también a la evolución de la sociedad. El trató de difundir estos conceptos entre padres y maestros a fin de mejorar los métodos educativos y la manera de criar a los niños. Aunque esta teoría tuvo varios adeptos, fracasó en su intento por ayudar a la infancia y no fue sino hasta 1930 que empezaron a disminuir las oportunidades laborales a los niños debido, no precisamente por lo expuesto por Hall, sino por el alto índice de desempleo (Felt, 1920; Platt, 1969).

Freud fue uno de los teóricos que también contribuyó, con su teoría del psicoanálisis, a la orientación sobre las prácticas de cuidado infantil y la educación. Atacó

directamente las creencias que tenían los padres de aquellos años sobre las ventajas de una disciplina rígida. Revolucionó la concepción sobre el modelo ideal que los padres tenían en mente con respecto a sus hijos. Es decir, a finales del siglo XIX se idealizaba a los hombres y mujeres con fuertes valores morales y de conducta intachable, no así a mediados de este siglo, en donde lo más importante sería poseer una personalidad flexible y bien adaptada de acuerdo con las exigencias socioeconómicas imperantes.

Los supuestos de la teoría freudiana consideraban que si las primeras experiencias del niño eran placenteras, si se reducía la frustración al mínimo y si se le ofrecía un alto nivel de entendimiento y comprensión, consecuentemente sería un adulto feliz y bien adaptado. Freud consideraba que era importante que los niños se sometieran a las prácticas del psicoanálisis como una medida preventiva para un buen desarrollo. De no ser posible esta acción, deberían de someterse padres y maestros para tratar con más entendimiento y comprensión a los niños (Lomax, 1978).

Sin embargo, una limitante para aplicar estos supuestos a la educación y crianza de aquella época, fue que nunca tradujo su teoría en recomendaciones prácticas que fueran accesibles a padres y maestros. Además sus sucesores tenían el problema de que la recopilación de datos para explicar el desarrollo infantil era muy lenta (Lomax, 1978).

A pesar de estas limitantes los conceptos freudianos sobre el cuidado infantil se fueron divulgando informalmente entre los científicos sociales, pediatras y todas aquellas personas que tenían que ver con el cuidado infantil de la década de los años 50's, haciéndolos más prácticos y aplicables.

Erik Erikson (1959) propuso su teoría psicoanalítica sobre el desarrollo infantil basada en estadios determinados biológicamente en función de la madurez que tiene el organismo para interactuar con el medio ambiente. Cada estadio representaba un período crítico en donde debía aparecer un componente específico del yo. Este componente provocaba una crisis con el medio al que estaba expuesto el niño, así entonces, esta crisis se resolvía de acuerdo con las presiones sociales que los padres ejercieran sobre el niño. Por lo tanto, el surgimiento de una personalidad sana dependería de la interacción significativa y satisfactoria entre el niño y las personas que lo criaran. Erikson resaltaba la importancia de la socialización temprana y su influencia en el desarrollo de la personalidad, haciendo su teoría aceptable para los investigadores sociales y reflejando de una manera más práctica el cuidado de los niños.

A pesar de lo complicado de las teorías psicoanalíticas, explicaban la importancia de la primera relación entre madre e hijo, del cuidado extremo de las necesidades del niño, de

la alimentación natural, del control de esfínteres. Todo esto con el fin de no provocar un desequilibrio emocional posterior, provocando un apego más estrecho entre madre-hijo (Josselyn, 1948). Sin embargo la influencia de las teorías psicoanalíticas comenzó a decaer a principios de los años 60'. Algunos psicólogos experimentales demostraron en ambientes controlados que los niños a los que no se criaba bajo la concepción psicoanalítica a la larga no presentaban desequilibrio emocional y que debían tomarse en cuenta otros factores más relevantes como la actitud de la madre, su grado de afecto, aceptación, tensión, etc., con respecto a los cuidados del niño. Además, los métodos retrospectivos no eran convenientes para evaluar la conducta infantil, en su lugar debían utilizarse estudios longitudinales, los cuales proporcionarían una mayor veracidad (Caldwell, 1964). Además, se consideraba que los esquemas de conducta que presentaban los jóvenes en los años 60's habían sido la consecuencia de una crianza permisiva basada en ideas psicoanalíticas.

Alrededor de los años 20's y 30's se definió claramente que la crianza de los niños no era un proceso simple basado sólo en las creencias culturales practicadas a lo largo de varios siglos. El cuidado de los niños debía basarse en principios científicos. Es cuando las teorías del aprendizaje comenzaron a influir sobre el cuidado infantil. Se basaban en la demostración de control del comportamiento, y el comportamiento infantil no era una excepción.

Posteriormente como análisis experimental de la conducta, esta postura cobró fuerza en Estados Unidos. Se fundamentaba en que la experiencia temprana del niño determinaba su conducta futura. Se consideraba a la madre como la responsable directa de los problemas emocionales, de carácter o intelectuales que presentara su hijo. A los niños se les debía de formar desde pequeños bajo directrices que obedecieran a lo que los padres consideraran comportamientos deseables. Así los padres serían los responsables directos del comportamiento de sus hijos, ya que de sus prácticas, tanto reforzando ciertas conductas e ignorando otras se promoverían en el niño comportamientos determinados.

Los supuestos principales de las teorías antes expuestas convergen en la importancia de las primeras experiencias infantiles como determinantes para la vida adulta. Estas experiencias estarían dadas por los padres o quienes hagan las veces de éstos. Por lo tanto, es importante también la influencia que la crianza proporcionada por los progenitores o personas dedicadas a la crianza tenga en el niño. Es innegable que los padres afectan por medio de la relación que establecen con sus hijos, su funcionamiento personal y social futuro.

CAPITULO II

ESTILOS DE CRIANZA

DEFINICION DE ESTILOS DE CRIANZA

Las investigaciones que se han llevado a cabo sobre la crianza son recientes, pues datan de principios de los años 40 (Davidoff, 1979). Dada esta circunstancia no se ha llegado en concreto a una definición específica de la crianza. Los estudiosos del tema se han dedicado básicamente a definir las dimensiones y variables que intervienen en la crianza, sin antes tener una definición general. Otro aspecto importante a considerar es que se usan indiscriminadamente los términos estilo, práctica o patrón de crianza.

Crianza, de acuerdo con el diccionario Larousse Ilustrado (García-Pelayo, 1985), significa acción y efecto de criar a los niños, época de lactancia. Sin embargo, esta definición se ha ampliado sobre el simple hecho de cuidar y alimentar a niños pequeños. El concepto es aún más complejo. Por consiguiente, deberá tomarse en cuenta el ambiente social del hogar incluyendo aspectos como las relaciones entre padres-hijos y las actitudes y el comportamiento de los padres.

Algunos investigadores definen la crianza como la forma de interacción entre madre e hijo (Mc David & Garwood, 1978; White, 1972). Sin embargo, no toman en consideración la interacción con el padre.

Davidoff (1979) conceptúa la crianza, basándola en el papel de los progenitores como agentes de socialización. Esto es, la manera de guiar o desalentar a los hijos hacia conductas, valores, metas y motivaciones que la cultura considera apropiadas. De acuerdo con esto, podría hablarse del estilo que predominantemente adopten los padres al asumir el papel de conductores del desarrollo personal de sus hijos. En este sentido, estilo de crianza se referiría a un modo, manera o costumbre particular de promover o desalentar conductas, valores, metas, y motivaciones en los hijos.

Por otra parte, en referencia al término patrón de crianza, éste se refiere a una plantilla o modelo que permite efectuar comparaciones. A este respecto habría que investigar si realmente pueden determinarse patrones de crianza contra los que se compare el comportamiento de los padres en un momento dado.

En cuanto a la práctica de crianza, parece ser el término más adecuado para denotar la forma en que los padres actúan hacia sus hijos. Práctica se utiliza aquí como hábito, uso continuado, costumbre o estilo. Al encontrarse que tanto

estilo como práctica resultan prácticamente equivalentes. El presente trabajo hará uso indistinto tanto de prácticas como de estilos de crianza.

Los estilos de crianza van a intervenir durante toda la vida familiar del individuo, contribuyendo así a su ajuste o desajuste personal y social.

CLASIFICACIONES DE LOS ESTILOS DE CRIANZA

Gran parte de la investigación relacionada se ha dedicado a la caracterización de los estilos de crianza y, a partir de ello, se han propuesto varias clasificaciones. Estas en esencia, coinciden en varios aspectos aunque difieren entre sí.

Baldwin (1949), a partir de una investigación descriptiva, observando la interacción entre padres-hijos, propuso una clasificación de estilos de crianza en cuanto a las características del comportamiento en el hogar. En este estudio participaron 67 niños de guarderías de 4 años de edad, logrando la siguiente clasificación:

Hogares democráticos

Evitación de decisiones arbitrarias, nivel elevado de contacto verbal entre padres-hijos, explicación de razones para el establecimiento de normas familiares, suministro de respuestas que satisfacen la curiosidad del niño. Los niños de estos hogares se muestran activos, competitivos, extrovertidos, agresivos, con espíritu de mando, curiosos, inconformes con las demandas culturales.

Hogares controlados

Son el polo opuesto de los hogares democráticos, hacen hincapié de las restricciones tajantes de la conducta, baja fricción por los procedimientos disciplinarios. No se recompensa a los niños por su curiosidad, espontaneidad o por hacerse valer. Los niños de estos hogares presentan poco espíritu de pelea, son negativistas, agresivos y desobedientes.

Hogares con control y democracia

En estos hogares se hace uso de ambas dimensiones anteriores. Los niños son tranquilos, con buena conducta, enemigos de la resistencia y carentes de agresividad social.

En un estudio complementario, Baldwin, Kalhorn & Breese (1949) describieron las consecuencias sobre el comportamiento infantil basado en tres variables en el hogar (democracia,

afecto, indulgencia). En este estudio participaron 56 niños de guardería entre las edades de 3 a 5 años:

Hogares democráticos

Estos hogares están asociados con el afecto, proporcionando un sólido apoyo emocional. Se recompensa al niño por su curiosidad y su actividad independiente, por su expresión espontánea y decidida de ideas, sentimientos y opiniones, y por la participación y la afirmación de sí mismo en las discusiones y decisiones de la familia. Los niños son socialmente extrovertidos, tanto de manera cordial como hostil, participan activamente en la escuela, muestran agresividad al hacerse valer, presentan agresividad y carácter mandón, lo que redundaba en un mayor éxito social y una posición superior en el grupo de pares.

Hogares sobreprotectores

En este tipo de hogar el niño no recibe recompensa cuando actúa con independencia, cuando se expresa con libertad, cuando realiza experimentos con cosas nuevas. Preocupados por su seguridad o amenazados por su creciente independencia, los padres castigan o desalientan las respuestas extrovertidas y los esfuerzos independientes. Los niños resultan relativamente inactivos, poco agresivos, carentes de originalidad y ocupan una posición social inferior. Muestran miedo a la actividad física, carecen de destreza en actividades musculares y son tímidos, torpes y temerosos.

Al parecer, el tipo de hogar democrático afectuoso parece fomentar la inteligencia, curiosidad, originalidad y constructividad. Este tipo de hogar estimula al niño a participar intensamente en las actividades de sus compañeros, teniendo más éxito y capacidad para aportar ideas creadoras originales a los grupos con los cuales se relaciona. Según este estudio, las características y las conductas de personalidad socialmente aceptadas se adquieren empleando procedimientos democráticos en la crianza de los niños.

Otros esfuerzos, como el de Baumrind (1967), han explorado los estilos de crianza en niños. Se estudiaron y analizaron cuidadosamente los estilos de crianza y el medio familiar de 110 niños mediante visitas a sus hogares, la observación se realizó en situaciones estructuradas y entrevistas con los padres. Estimó cinco aspectos en la conducta de los niños:

- 1.- control de sí mismo
- 2.- tendencias de acercamiento a estímulos novedosos
- 3.- humor subjetivo (gusto y placer)
- 4.- confianza en sí mismo
- 5.- afiliación con iguales

Evaluó cuatro dimensiones propias de las relaciones entre padres e hijos:

1.- **CONTROL:** designa los esfuerzos que hacen los padres para influir en la actividad orientada a la meta de los hijos, modificar su conducta dependiente, agresiva y de juego, y fomentar la interiorización de las normas de los padres.

2.- **DEMANDA DE MADUREZ:** son las presiones que se ejercen en el niño para que se porte de acuerdo con su nivel de capacidad, y asuma libertad para tomar algunas decisiones propias.

3.- **CLARIDAD DE LA COMUNICACION PADRES-HIJOS:** uso de la razón para obtener asentimiento, solicitar las opiniones y pareceres de los hijos.

4.- **CUIDADOS Y ATENCIONES DE LOS PADRES:** en éste figuran el afecto (amor, cuidados y compasión) y la manifestación del interés (orgullo y placer por los logros del niño).

Después de explorar las dimensiones anteriormente descritas, finalmente arribó a tres categorías de estilo de crianza:

Grupo I

Formado por los padres que obtuvieron puntuaciones altas en cuidados y atenciones, quienes no obstante mantenían un equilibrio entre las cuatro dimensiones. Estos se mostraban

consistentes, afectuosos, cariñosos, escrupulosos y seguros de la relación con sus hijos. Respetaban su independencia y sus decisiones, y mantenían con firmeza sus propios puntos de vista. Al utilizar la razón para aclarar una instrucción y al estimular los intercambios verbales, estos padres podían mantener el control sin provocar rebelión o pasividad.

Los niños de este grupo mostraban más madurez, competencia e independencia, más realismo, con mayor confianza en sí mismos y con mayor control. Exhibían más conductas exploratorias y de asociación con los demás, se daban más a respetar.

Grupo II

Estos padres obtuvieron puntuaciones altas en control y bajas en las demás dimensiones. Eran menos cuidadosos y atentos, firmes en el control, pero no apoyaban ni eran afectuosos. La comunicación era pobre. No estimulaban a los niños a que se manifestaran cuando no estaban de acuerdo. Eran infrecuentes los razonamientos para convencer a sus hijos a que obedecieran.

Los niños de este grupo parecían medianamente confiados y capaces de controlarse a sí mismos, relativamente descontentos, inseguros, temerosos, retraídos, desconfiados, carentes de interés en la afiliación con iguales, y más propensos a la hostilidad en condiciones de tensión.

GRUPO III

Los padres obtuvieron puntuaciones altas en cuidados y atenciones y bajas en las demás. Eran afectuosos y atentos, pero con poco control de los niños, hacían demandas de madurez débiles, prestaban poca atención al entrenamiento de la independencia, flojos en la disciplina y recompensas, sobreprotegían a sus hijos.

Los niños se presentaban más inmaduros y más dependientes, con menos capacidad para controlarse y menor confianza en sí mismos, tendían a apartarse de experiencias novedosas o provocadoras de tensión.

Por otra parte, otros estudios (Becker, 1964; Schaefer, 1961; Sears, Maccoby & Levin, 1957) han encontrado que la conducta de los padres, además de ser uno de los factores ambientales más importantes, no es unidimensional. En este sentido no se puede afirmar tajantemente que hay padres autoritarios o afectuosos, sino que su conducta oscila a lo largo de varias dimensiones, es decir, pueden ser afectuosos y dominantes a la vez, o afectuosos y permisivos; pueden rechazar a sus hijos y controlarlos, o rechazarlos y ser permisivos; y en ocasiones rechazar y en otras aceptar a los hijos. La conducta del niño no depende simplemente de un aspecto de la conducta y de la personalidad de sus padres, sino más bien de la combinación de conductas, actitudes, etc.

Se han explorado, por un lado, las dimensiones dentro de las que se mueve la conducta de los padres y, por el otro, la conducta de los niños asociada con tales dimensiones. Estas se conceptualizan como continuos a lo largo de los cuales varía el comportamiento de los padres, en donde los extremos son:

Afecto-Hostilidad

El afecto se define como conductas amorosas, de aprobación, comprensión e interés por el niño. Se hace uso frecuente de explicaciones y razonamientos para establecer una disciplina, se utiliza el elogio y la recompensa. En el caso del extremo opuesto, la hostilidad, existe desinterés e incomprensión hacia las conductas del niño. Se utiliza el castigo físico para imponer una disciplina.

Restrictividad-Permisividad

En esta dimensión la restrictividad se define como la imposición de restricciones y el cumplimiento estricto de normas o reglas referentes al orden, limpieza, modales, buena conducta, obediencia y agresividad. Se utiliza el castigo. La permisividad se refiere a la autonomía que se le otorga al niño como individuo, se le deja tomar sus propias decisiones, evitando así las decisiones arbitrarias. No se hace uso del castigo o amenazas. Las combinaciones posibles entre los polos de las dimensiones afecto-hostilidad y restrictividad-permisividad, dan como resultado los siguientes tipos de hogares:

Hogares afectuosos-permisivos

Cuando los padres poseen esta combinación sus hijos suelen ser activos, extrovertidos, socialmente asertivos, independientes, creativos, carentes de hostilidad. Pueden ser agresivos y con don de mando debido a la seguridad que en sí mismos tienen. Presentan deseos de independencia y autonomía.

Hogares afectuosos-restrictivos

Los niños criados en estos hogares, en comparación con los criados en hogares afectuosos-permisivos, tienden a ser más dependientes, menos cordiales, menos creativos, y más hostiles. Son muy persistentes o poco persistentes, son más conformistas y sumisos. Según un estudio realizado por Maccoby (1961), los niños criados en este tipo de hogar, con una edad de 12 años, se mostraban preocupados por el cumplimiento estricto de normas y reglas por parte de sus compañeros, además de que se comportaban menos agresivos y desordenados, y con mayor motivación para desempeñar su trabajo escolar.

Hogares hostiles-restrictivos

Con este tipo de combinación los niños demostraron una contrahostilidad reprimida. Los niños eran tímidos, introvertidos, con falta de confianza, con dificultad para relacionarse socialmente, resentidos, reprimidos y con

conflictos internos. Este tipo de crianza suele encontrarse como antecedente de niños neuróticos (Kessler, 1966; Rosenthal, 1962).

Hogares hostiles-permisivos

Los hijos de padres que utilizaban la hostilidad combinada con la permisividad eran agresivos y tenían poco control. Bajo estas condiciones los niños actuaban más por su resentimiento que por su razonamiento.

Coopersmith (1967) analizó los estilos de crianza bajo la perspectiva del autoconcepto que poseen tanto padres como hijos. Según Coopersmith el autoconcepto es un juicio personal que se expresa en las actitudes del individuo respecto a sí mismo. Realizó su estudio con adolescentes que asistían a escuelas públicas, y llevó a cabo su clasificación en función del nivel de autoconcepto de los padres y, consecuentemente, el tipo de crianza dependería de esta variable.

Padres con un alto autoconcepto

Estos padres, aparte de poseer un alto concepto de sí mismos, tendían a poseer una estabilidad emocional más alta, más seguros, animados y eficaces con respecto a las actitudes sobre el cuidado de sus hijos. Mostraban claramente los límites de la autoridad y responsabilidad, tomando en cuenta los derechos y opiniones de los niños. En este tipo de

relación prevalecían las conductas de aceptación, afecto, interés y apoyo constante por parte de los padres. Utilizaban las recompensas y el castigo justificado cuando era necesario. Fomentaban la independencia del niño manteniendo un equilibrio razonable entre la protección y seguridad del niño y su autonomía. Los hijos de estos padres presentaban también un alto autoconcepto. Se mostraban seguros en cuanto a la expresión de sus ideas y a la ejecución de tareas. Presentaban mayor facilidad para establecer relaciones sociales. Se mostraban participativos y activos en discusiones de grupo sin temor a la vergüenza.

Padres con un bajo autoconcepto

Estos padres mostraban retraimiento, desinterés, descuido, falta de atención, y creaban un ambiente emocional e intelectual pobre. Menospreciaban a sus hijos y los trataban como si fueran una carga. Sus conductas emocionales para con sus hijos eran de hostilidad e indiferencia. Prevalecía la desorientación parental y un trato duro e irrespetuoso hacia sus hijos. En cuanto a la autoridad y responsabilidad, el establecimiento de los límites no era claro ni definido. Se hacía uso frecuente del castigo, pero de manera inconsistente. Empleaban la fuerza y decisiones restrictivas para obtener la obediencia por parte de los hijos. No tomaban en cuenta las opiniones y deseos de sus hijos. Los hijos de estos padres se percibían a sí mismos con una baja autoestima, inferiores e inútiles. Con problemas para

relacionarse socialmente, retraídos, aislados, culpables, avergonzados y ansiosos. Se mostraban sin deseos de realizar actividades que pudieran llamar la atención sobre ellos mismos, preferían pasar desapercibidos y eran poco participativos en su medio ambiente.

Ya que, en gran parte, la recolección de datos sobre crianza descansan en el autorreporte de los hijos acerca del estilo de crianza de sus padres, otros enfoques se han centrado en la exploración de la percepción de los hijos de la crianza que recibieron. Así, Elder (1962) analizó los estilos de crianza empleados por los padres desde la perspectiva de los hijos. Las respuestas de 7400 adolescentes dieron lugar a una clasificación de siete tipos de crianza:

Autocrática

No se permite que los hijos expresen sus ideas u opiniones, ni su participación activa, así como tampoco la iniciativa para dirigir su propia vida.

Autoritaria

Aunque los hijos externalizan sus opiniones o ideas, son los padres quienes toman finalmente las decisiones.

Democrática

Los hijos tienen libertad para expresar sus ideas, pueden tomar sus propias decisiones, aunque siempre hay dirección por parte de sus padres con la aprobación de los hijos.

Igualitaria

Tanto padres como hijos participan de igual manera en la toma de decisiones relevante a los hijos.

Permisiva

Los hijos participan de manera más activa, en lo concerniente a su propia conducta, que sus padres.

Liberal

La toma de decisiones es aún más activa por parte de los hijos, teniendo la opción de acatar o no la opinión de sus padres.

Indiferente

Esta clase de relación se distingue por una indiferencia por parte de los padres en lo que respecta a la dirección de la conducta de sus hijos.

Elder concluye que de la crianza autocrática a la indiferente existe un aumento gradual en la participación y la toma de decisiones del adolescente, siendo proporcional la disminución de la participación de los padres. Existe también

una diferencia en el poder y la comunicación existentes entre padres-hijos. Los adolescentes de este estudio, sobre todo los varones, percibieron como más autocráticos o autoritarios a sus padres que a sus madres, considerándoles más estrictos en cuanto a las normas establecidas y a la disciplina. A sus madres las percibieron más permisivas, comprensivas, expresivas de afecto y con un mayor interés en ellos. Los adolescentes provenientes de hogares democráticos e igualitarios consideraban que sus padres eran más justos respecto a la disciplina practicada en su hogar que los provenientes de hogares autocráticos. Al parecer la crianza democrática e igualitaria fomenta una mayor comunicación e identificación. No así, la crianza autocrática que produce frecuentemente el resentimiento en los adolescentes. En cuanto a la aceptación de los padres hacia los hijos, la expresaron en menor grado los que provenían de una crianza autocrática y liberal. La crianza que permite una mayor participación de los adolescentes, democrática, igualitaria y permisiva provoca menos sentimientos de rechazo en el adolescente. En general, los estilos de crianza, en donde hay un alto grado de participación de los hijos y un interés directivo de los padres, fomentan la independencia, la responsabilidad, los sentimientos de aceptación y de valía por parte del hijo y una identificación con el adulto.

Koudelkova (1989), por su parte en otra investigación, correlacionó las dimensiones de la hostilidad y el

autoritarismo en los estilos de crianza tomando en cuenta las actitudes de las madres, las actitudes de los padres y la percepción de los hijos de las conductas de sus padres hacia ellos. En esta investigación se tomó como muestra adolescentes entre 12 y 15 años, 43 mujeres y 41 hombres y sus respectivos padres. Es importante aclarar que se tomó la percepción de los adolescentes como válida por varias razones. La percepción de los hijos se vincula con una relación inmediata tanto de la conducta de los hijos como de los padres. Se presume que la percepción que tienen los hijos acerca de sus padres es más válida que los propios cuestionarios de los padres. En algunos casos, los padres se inclinan a contestar de determinada forma para aparentar ser buenos padres y tratar de impresionar a los evaluadores. Ya que los hijos tienen menos experiencia en este tipo de evaluaciones, se puede esperar que la información proporcionada por ellos sea más precisa. La valoración se llevó al cabo por medio de la aplicación de cuestionarios. De este estudio se concluye que la hostilidad y el autoritarismo presentan un alto grado de correlación, esto significa que al ejercer los padres cierto nivel de autoritarismo en la crianza activan de manera simultánea aspectos de hostilidad. También se encontró que la hostilidad es un reflejo, tanto en las madres como en los padres, de tensiones, irritabilidad, provocados por insatisfacciones maritales y conflictos de pareja. Reflejan esto no sólo en sus actitudes recíprocas, sino en sus propios hijos. Esto es perjudicial para la salud

mental de los niños, si los padres son incapaces de resolver sus propios problemas. Sin embargo, también se encontraron diferencias entre los estilos predominantes hacia el sexo de los hijos. Es decir, los padres se mostraron más autoritarios con los hijos que con las hijas.

De Man & Welsh (1987) analizaron en un estudio la relación entre los estilos de crianza, la edad y la educación. En este estudio, se estimó directamente la percepción de los hijos de la conducta de sus padres. Participaron 56 mujeres entre las edades de 15 a 79 años con diferentes grados de estudio. La percepción del control de los padres se evaluó por medio de una escala de control-autonomía en la que se representaron los estilos de crianza. Los autores concluyeron que estas mujeres, sin importar el nivel escolar y la edad, percibían que a mayor edad de sus padres más estrictos eran en cuanto a la crianza hacia ellas, y que entre más jóvenes más permisivos.

Parish & McCluskey (1992) estimaron las evaluaciones de 123 estudiantes universitarios con el fin de valorar su autoconcepto y las percepciones que tenían sobre el estilo de crianza experimentado de sus padres. Los resultados arrojados por este estudio muestran una correlación alta entre el autoconcepto de los hijos y el afecto proporcionado por sus padres. Es decir, cuando los padres se mostraban afectuosos y proporcionaban calidez al relacionarse con sus hijos y cierto

grado de permisividad, éstos mostraban un alto autoconcepto. En cambio, los sujetos con un bajo autoconcepto percibían a sus padres como hostiles y autoritarios.

Los estudios sobre la categorización de estilos de crianza revisados, aunque no emplean los mismos constructos para definir los estilos de crianza y que en algunos casos las clasificaciones no son puras, sino una combinación de dimensiones, ofrecen conclusiones en general consistentes. Por una parte, muestran que los niños con cualidades de competencia, afiliación, independencia, extroversión, control de sí mismos, buen autoconcepto, confianza, madurez y asertividad provienen de hogares afectuosos, que comunican aceptación, en los cuales se fomenta y recompensan las acciones independientes, la toma de decisiones, la responsabilidad, confianza y comunicación, además de que existe control o firmeza de los padres sin llegar a una disciplina rígida. Por el contrario, los niños retraídos, introvertidos, en algunos casos devaluados, con baja autoestima e inmaduros provenían de hogares hostiles, donde no se toman en consideración las necesidades y deseos del niño como un ser independiente, no hay consistencia en la disciplina. Además los estilos de crianza varían por el sexo de los hijos, ya que parece ser que la educación hacia los varones es más estricta que hacia las mujeres.

Aunque los estudios antes expuestos arrojan conclusiones generales consistentes y en la misma dirección, no permiten apreciar con precisión cómo se refleja esa aceptación y respeto en términos de interacciones de grano fino entre padres e hijos. A pesar de que los instrumentos utilizados para medir las relaciones padres-hijos recurrían a la observación directa entre las relaciones padres-hijos, como en los estudios de Baldwin (1949) y Baumrind (1967), los datos obtenidos no necesariamente se ven reflejados en los constructos que finalmente se emplearon para clasificarlos. No obstante, la observación directa al principio puede distorsionar el comportamiento observado y termina por producir habituación. Pero al tener que acomodar los comportamientos concretos al constructo, se pudieron ignorar aquellos casos que no se ajustaran a la clasificación y que mezclaran características de un estilo a otro, tal es el caso del estudio de Baumrind. Koudelkova (1989), por su parte, propone que, en los estudios sobre las relaciones padres-hijos, la estimación de los propios hijos es la medida más confiable y seria. Aunque la percepción de los hijos hacia la conducta de sus padres no es equivalente a la realidad, podría proporcionar un vínculo entre la percepción estimada y la conducta directa de los hijos. Además la observación directa, independientemente de las ventajas que ofrezca, no siempre es posible, sobre todo si las prácticas de crianza se tienen que explorar retrospectivamente. El presente estudio

precisamente se basó en la estimación de los hijos acerca del comportamiento percibido en los padres.

La mayor parte de los estudios realizados sobre la crianza, se han llevado a cabo en otros países. Estableciendo diversas clasificaciones que imponen límites y criterios a los que no necesariamente se ajustan todos los hallazgos de investigación. Por lo tanto, la pertinencia de esas clasificaciones para nuestra población es dudosa. No son solamente las diferencias idiosincrásicas, sino ajustar la realidad a modelos establecidos arbitrariamente. El comprometerse con una u otra clasificación resultaría consecuentemente peligroso y poco revelador de las formas en que la crianza se practica en nuestra cultura. De aquí la necesidad de analizar comportamientos más concretos que permitan apreciar con precisión la ocurrencia de las relaciones padres-hijos.

La importancia de conocer el tipo de crianza prevalente en nuestro contexto, radica en una multiplicidad de hallazgos tanto en otras culturas como en la nuestra que consistentemente apoyan la influencia de la crianza experimentada por los hijos sobre su salud mental futura. El siguiente capítulo analizará precisamente esa influencia.

CAPITULO III

RELEVANCIA DE LA CRIANZA SOBRE LA SALUD

MENTAL DEL INDIVIDUO

Es importante analizar los diferentes estilos de crianza porque de ello se deriva tanto el desarrollo integral del individuo, así como las patologías subsecuentes que se presenten. Sin salud mental no puede haber bienestar individual o familiar, educación ni producción, debido a que los problemas emocionales y adaptativos en la mayoría de los casos perturban toda actividad humana y en casos extremos la destruyen (Hernández & Sánchez Sosa, 1991). Para evitar tales patologías y problemas emocionales y de adaptación, es conveniente recurrir a la prevención. Esta se refiere a la acción de identificar factores que anuncien problemas de salud mental a futuro.

La investigación en prevención ha vinculado las relaciones que guarda el individuo con su contexto familiar y social y con su salud mental. El concepto de sistema se refiere al estudio del comportamiento del individuo como una secuencia de interacciones que siguen un patrón de relaciones entre el

individuo y el sistema al que pertenece. La importancia del sistema radica en la interrelación que guarda el individuo con su medio y no sólo la conducta individual aislada de su contexto. De esta forma es factible abordar la prevención como medio para poder prevenir problemas que afecten la salud mental del individuo. Desde esta perspectiva se toman en cuenta todas las interacciones del individuo como un sistema y no sólo como una unidad independiente.

Los estilos de crianza deben estudiarse como un contexto general, integrándose a la vez dos enfoques para abordar la problemática: el primero que habla de analizar las prácticas parentales, cómo se dan, en qué etapa del desarrollo del niño es importante utilizar cierta práctica de crianza, etc., por otra parte el segundo enfoque estudia en forma general las características parentales en conjunto, contemplando no sólo la conducta de los padres, sino también cómo perciben los hijos los estilos de crianza en que crecieron.

Darlin y Steinberg (1993) proponen que el estilo de crianza se conceptualiza mejor como un contexto que modera la influencia que tienen sobre el niño las prácticas de crianza específicas.

El análisis de los diferentes estilos de crianza que se mencionaron en el capítulo anterior, nos lleva a formular que quienes ejercen la crianza, ya sean los padres biológicos o

no, influirán inevitablemente en el individuo. Las personas que estuvieron a cargo de la educación establecen una relación ya sea de calidad o defectuosa. La familia influye en la adaptación del individuo al medio ambiente, pues aporta principalmente los factores emocionales o psicológicos, ya que es en el seno de ella donde se viven las primeras experiencias.

Desde el momento del nacimiento se inicia el proceso de aprendizaje, la interacción de la persona con su ambiente influye sobre interacciones futuras. Este proceso se lleva a cabo a lo largo de la vida del ser humano, los factores psicológicos, sociológicos, fisiológicos, pedagógicos se combinan para poder hacer la adaptación más sana del individuo a su entorno.

De acuerdo con Bricklin (1988) estos factores comprenden:

*** Factores psicológicos:**

Adaptación personal al medio ambiente y sus características individuales como por ejemplo autoconfianza, disciplina, actitudes y autocontrol.

*** Factores sociológicos:**

Condiciones de la comunidad a la que pertenece, lugar en donde vive, dinámica familiar, nivel socioeconómico,

satisfacción de necesidades básicas como la alimentación, vestido, etc.

*** Factores fisiológicos:**

Vista, oído, etc.

*** Factores pedagógicos:**

Como el tipo de escuela a la que acude, métodos de enseñanza, ambiente de aprendizaje.

Es durante la adolescencia, en que el individuo dedica casi todo su tiempo a reevaluar los valores, criticar todo y a todos, presenta generalmente ira y sufrimiento. Sin embargo, la influencia de los padres sigue afectando su comportamiento, pues el efecto del estilo de crianza en que haya crecido va a determinar su salud psicológica. En este período de transición tiene contacto con diferentes estilos de vida, adopta ciertas conductas y evita otras.

El individuo, como parte de un núcleo familiar y ser individual, influye y se ve afectado por éste, lo que repercute en su entorno, por lo tanto el autoconcepto juega un papel primordial para el funcionamiento del adolescente. El autoconcepto se desarrolla en la infancia durante la relación de apego, pues dependiendo de qué tanto se hayan satisfecho sus demandas de afecto y estimulación será el

desarrollo de su autoestima, su identificación psicosexual y su desarrollo intelectual.

Un autoconcepto positivo es la capacidad para responder de manera activa y positiva a las oportunidades que se presenten en la vida diaria. Es también la base de la estabilidad emocional (Branden, 1988). Por lo tanto del autoconcepto que tenga el adolescente de sí mismo se podrían derivar gran cantidad de problemas como bajo rendimiento escolar, desajustes psicológicos (Serrot & Teeban, 1961).

La investigación de Lamborn, Mounts, Steinberg & Dornbusch (1991) puso a prueba y encontró apoyo a la revisión de Maccoby & Martin (1983), sobre el esquema conceptual de Baumrind (1973), el cual clasificó a las familias de 4,100 adolescentes con edades de 14 y 18 años entre las categorías de familias democráticas, autoritarias, indulgentes y negligentes, sobre la base de los puntajes que los sujetos dieron a sus padres en dos dimensiones: aceptación-compromiso y firmeza-supervisión. Se contrastó a los sujetos a lo largo de cuatro áreas sobre las cuales se observó el efecto de estilo familiar, el desarrollo psicosocial, el logro escolar, tensión interna y los problemas de conducta. Los resultados sugieren que la aceptación y el involucramiento parental pueden contribuir a que los adolescentes desarrollen un concepto positivo de sí mismos y bienestar psicológico. Así

mismo, la supervisión y la firmeza pueden detener los problemas conductuales.

Entre otras consecuencias que conlleva la no formación de buenos vínculos familiares se encuentra la depresión. Merill (1962) encontró que los hijos primogénitos se inclinan más a intentar el suicidio y tienden a presentar depresión en general. Otra variable muy importante que se deriva de los estilos de crianza es la delincuencia juvenil, definida como actos ilegales cometidos por menores, resultado a su vez, de condiciones psicológicas, como son:

- * desavenencias de los padres
- * ausencia prolongada de uno de ellos
- * inconsistencia en la disciplina dentro del hogar
- * rechazo parental
- * falta de identificación masculina en los jóvenes
- * bajo nivel socioeconómico

La consistencia y predictibilidad en cuanto a la ejecución de reglas es importante pero aunado a esto, siempre debe existir la demostración de cariño, que conlleva a que el adolescente desarrolle su autoestima en un nivel alto. En el momento en que se den las reglas en tono de burla habrá resentimientos y conflictos, y el hacer que obedezca por la fuerza devaluará su autoimagen.

De la revisión de los diferentes estilos de crianza sea cual fuere la categorización que les dan los diferentes autores, en la toma de decisiones, el estilo racional democrático con participación de los adolescentes, es el que tiene más efectividad, pues ejerce influencia positiva sobre su desarrollo psicológico.

Además de establecer reglas claras y cumplimiento de las mismas, utilizan técnicas de control indirecto, invitan al adolescente a participar activamente en la solución de problemas dejando ver las consecuencias de las acciones, le dan autonomía, dejando abierta la comunicación recíproca.

La comunicación entre padres e hijos puede ser muy útil para enseñar al adolescente comportamiento prosocial (Kim & Stevens, 1987). Los valores que comuniquen los padres sobre diferentes aspectos de la vida juegan un papel preponderante, pues a través de la interacción cotidiana, el adolescente asimila lo que observa y más aún las pautas de conducta en las cuales se le corrige. En el ámbito familiar se da la pauta para la formación de conductas que pueden desencadenar en agresividad, por esta razón es importante que los problemas de interacción que se le presenten en la calle, los resuelva con diálogo si es posible, y de esta forma estará ganando la aceptación y respeto de sus compañeros (Feshbach, 1984).

Las expectativas de los padres marcan otra pauta de conducta concerniente al desarrollo óptimo en la escuela, pues la aprobación y entusiasmo que demuestren los padres en el logro de éste, lo refuerza.

Otro aspecto resultante de los diferentes estilos de crianza es el análisis de rendimiento escolar ya que se cree erróneamente que es el sistema escolar el principal responsable de la educación de los niños sin tomar en cuenta a la familia de donde provienen.

En relación con la etapa de la adolescencia, Morrow & Wilson (1961), en la investigación que realizaron con alumnos de secundaria, observaron que los alumnos con mejor rendimiento escolar son aquéllos cuyos padres les prestan atención, comparten ideas, refuerzan y son cariñosos. Contrariamente los de menor rendimiento tienen padres severos, restringen a sus hijos y principalmente les presionan.

En contraste, Steinberg, Lamborn, Dornbusch & Darlin (1992) examinaron el impacto del estilo parental con autoridad, el involucramiento de los padres en la escuela de sus hijos y el aliento que dan a éste para lograr el éxito escolar. En una muestra de aproximadamente 6,400 estudiantes de preparatoria a los cuales se les solicitó un informe sobre las prácticas de crianza de sus padres, los resultados sacan a flote que un

estilo democrático conduce a un mejor desempeño escolar de los estudiantes y a un mejor compromiso en la escuela.

El rendimiento escolar va a estar influenciado por el tipo de relación que haya tenido con sus padres en la niñez, la calidad se proyectará en la resolución de problemas y seguimiento de instrucciones de forma correcta que conlleva al desarrollo intelectual y emocional. La autoestima juega un papel preponderante en cuanto al desempeño académico, se refiere a que a mayor desempeño académico, mayor autoestima (Kugle, Clements & Powell, 1983).

Finalmente, cuando los padres valoran la responsabilidad y el trabajo y muestran que la clave del éxito es el trabajo, a su vez los hijos tendrán mejor aprovechamiento académico (Caplan, Whitmore, Bui & Trautmann, 1985).

El impacto de la relación de calidad en familia sobre la salud mental y bienestar del adolescente se ha documentado ampliamente. La calidad en el desarrollo emocional, social e intelectual explican el aumento de la autoestima y la motivación hacia la escuela (Samuels, 1981). A su vez las relaciones familiares armoniosas y los logros de sus hijos retroalimentan a los padres sobre su habilidad como padres y tienden a seguir mejorando la calidad de la crianza (Swick, 1988).

Distintas posiciones teóricas se han interesado en estudiar la forma en que la crianza infantil puede afectar el desarrollo del adolescente, han hecho hincapié en que el ambiente, la familia y las experiencias tempranas influyen posteriormente en la salud mental del adolescente.

Las investigaciones que se han llevado a cabo para observar los factores antes mencionados y sus combinaciones establecen que las personas a cargo de la crianza del niño son responsables de problemas psicológicos posteriores, sin embargo existe la posibilidad de prevenir tales problemas o reducirlos anticipando los problemas y evitando que ocurran. Por lo tanto, la estabilidad emocional está en manos de los padres de quienes depende constantemente el mantener y promover los factores ambientales que contribuyan al bienestar general de sus hijos y, por consiguiente, son los que llevan a cabo la prevención primaria. La Organización Mundial de la Salud, define el concepto de salud como el equilibrio entre el bienestar físico, mental y social, y no solamente como la ausencia de enfermedad. La prevención primaria es importante para lograr este equilibrio, no sólo en términos de la reducción de incidencia patológica, física y psicológica, sino de la promoción del bienestar general: la competencia, salud y efectividad personales (Cowen, 1980).

En la presente investigación, la prevención interfiere para evitar los factores que tienden a romper el equilibrio de

salud, personales y familiares, revisando cuidadosamente qué estilo de crianza se está dando actualmente, y cómo lo recibe el adolescente que resulta a veces en problemas de drogadicción, violencia, autoestima baja, rendimiento escolar, etc.

Uno de los retos más grandes para quienes se dedican a la prevención primaria en salud mental, definiendo ésta como procesos adaptativos del organismo tendientes a restaurar el equilibrio que ha sido alterado por condiciones internas o externas (De la Fuente Muñiz, 1978), es el fomentar prácticas de crianza saludables en la mayor población posible. En la medida en que exista salud mental en la población, se podrán prevenir también muchos problemas sociales que actualmente nos aquejan. Para que la prevención primaria en salud mental pueda llevarse al cabo, tendrá que reorientarse la forma en que la familia organiza y administra el ambiente que rodea al niño y al adolescente desde su nacimiento.

METODO

PROPOSITO DEL ESTUDIO

El propósito fue realizar un estudio de corte epidemiológico que mostrara la forma en que se lleva a cabo la crianza en México. Los resultados arrojados podrán servir como base para elaborar programas de prevención dirigidos a problemas específicos para padres de familia y ayudar así a promover la salud mental y lograr un funcionamiento adaptativo de niños y jóvenes a su entorno familiar y social.

POBLACION

Participaron 3432 adolescentes escolares, 1768 mujeres y 1664 hombres, alumnos de los planteles de un sistema público de bachillerato ubicados en catorce zonas geográficas de la Ciudad de México. La edad de los participantes osciló entre 15 y 18 años, perteneciendo a un nivel socioeconómico medio bajo, medio y medio alto.

MUESTREO

La selección de los sujetos se realizó mediante un muestreo probabilístico, estratificado, en el que todos los grupos académicos tuvieron la misma probabilidad de formar parte de la muestra. El procedimiento fue estratificado porque aleatoriamente se eligió por lo menos un grupo de los siguientes tres estratos: a) turno, b) plantel y c) año de escolaridad.

TIPO DE ESTUDIO

El tipo de estudio empleado en la presente investigación fue de corte epidemiológico. Por medio de este tipo de estudio se puede identificar la incidencia de problemas, así como proporcionar información útil para su prevención. Los porcentajes de incidencia son importantes para determinar la problemática. De esta manera, se pudo determinar la incidencia y frecuencia de las respuestas a los reactivos sobre crianza, tanto materna como paterna, y establecer así relaciones que mostraran la forma en que se lleva a cabo la crianza en México, sin circunscribirse a ninguna clasificación preestablecida.

INSTRUMENTO

Se empleó el inventario de Salud, Estilos de Vida y Comportamiento (SEVIC) el cual es un instrumento desarrollado por Sánchez Sosa y Hernández Guzmán, como parte del Programa de Prevención Primaria del posgrado de la Fac. de Psicología de la UNAM. Consta de 216 reactivos distribuidos en tres secciones. Para efectos de la presente investigación se utilizó exclusivamente la sección que consta de 106 reactivos que recolectan datos sobre variables de interacción familiar, crianza y otras variables interactivas en condiciones normales.

Los autores del inventario utilizaron como fuentes de validación de contenido durante la construcción de los reactivos aquéllos que hubieran mostrado una documentación confiable en la literatura de investigación, además de utilizar en su diseño los procedimientos generalmente aceptados en la construcción de instrumentos de encuesta.

La sección de estilos de crianza e interacción familiar se basó primordialmente en el análisis de las principales líneas de investigación que han documentado por medio de resultados creíbles (por su control metodológico de contaminantes) los

componentes interpersonales que definen un estilo interactivo (véase, por ejemplo, McDavid y Garwood, 1978).

A lo largo de varias versiones sucesivas del cuestionario, se fueron refinando los reactivos al respecto de su claridad y pertinencia hasta lograrse un grado de consistencia interjueces no menor a 80%. Los procedimientos de validación estadística incluyeron el uso de un análisis factorial, habiéndose extraído 15 factores con valores mayores a uno, explicando el 58.3 % de la varianza total. Usando un criterio de .40 o mayor se retuvieron cinco factores, que explican 37.4 % de la varianza total. Dos de estos factores se refieren a interacciones padres-hijos: interacciones padre-hijo y madre-hijo. Ambos factores incluyeron siete reactivos que indican como perciben los hijos las relaciones con la madre o con el padre. Un tercer factor, relevante fue la relación de pareja de los padres que incluyó 5 reactivos. Finalmente un 4° factor se refirió al ambiente familiar con 4 reactivos.

Los reactivos de las interacciones padre-hijo (peso factorial entre paréntesis) fueron: Mi padre (o tutor) me muestra (mostraba) su afecto o cariño (.76), Cuando me enfrentaba a una situación nueva o difícil mi padre (o tutor) me apoyaba o me reconfortaba (.74), Mi padre (o tutor) y yo platicábamos como buenos amigos (.73), Cuando yo era chico(a) (como de 5 a 14 años de edad), mi padre (o tutor) mostraba

interés en mis opiniones (.71), En general, la forma como me llevo (o llevaba) con mi padre (o tutor) es (era) (.69), Yo tenía confianza con mi padre (o tutor) como para platicarle algo muy personal de mí mismo (a) (.68), Mi padre (o tutor) decía cosas de mi, que querían decir que yo era "tonto(a)" o "inútil", o me compara (ba) negativamente con otros(as) (.40). Ver tabla 1 página 53.

En lo concerniente a los reactivos de las interacciones madre-hijo (peso factorial entre paréntesis) fueron: Yo tenía confianza con mi madre (o tutora) como para platicarle algo muy personal de mí mismo(a) (.73), Mi madre (o tutora) y yo platicábamos como buenos amigos(as) (.73), Cuando me enfrentaba a una situación nueva o difícil mi madre (o tutora) me apoyaba o me reconfortaba (.73), Cuando yo era chico(a) (como de 5 a 14 años de edad), mi madre (o tutora) mostraba interés por mis opiniones (.70), En general, la manera como me llevo (o llevaba) con mi madre (o tutora) es o era (.70), Cuando mi madre (o tutora) me mandaba a hacer algo, me lo decía de modo duro u ofensivo (-.58), Mi madre (o tutora) me muestra (mostraba) su afecto o cariño (.55). Ver tabla 1.

Respecto a los reactivos que reflejan la relación de pareja de los padres y el ambiente familiar fueron: Mis padres se peleaban discutiendo a gritos (.74), Mis padres se peleaban frente a mí o mis hermanos (.71), Mis padres se amenazaban

con el divorcio (.62), Mis padres se peleaban con violencia física (.71), Mis padres se mostraban cariñosos (-.44), Mi madre usaba drogas (.89), De chico mi madre vivía en la misma casa (-.83), Mi padre usaba drogas (.83), Mi madre me comparaba negativamente (.63), Mi padre me ordenaba duro u ofensivo (.53), De chico mi padre vivía en la misma casa (-.43), Mi madre me mostraba afecto o cariño (-.41). Ver tabla 1.

PROCEDIMIENTO

Una vez seleccionados aleatoriamente los grupos escolares de alumnos que formaron la muestra, se reclutó a quince aplicadores, profesores que reunieran el siguiente perfil: a) que tuviesen un mínimo de cinco años de experiencia en el manejo académico de grupos de adolescentes en el sistema escolar, b) que mostraran una disposición a participar en el estudio como aplicadores de los instrumentos y c) que completaran una sesión intensiva de entrenamiento a fin de estandarizar el procedimiento de presentación de instrucciones a los sujetos y conducción de las sesiones de recolección de datos en las que los sujetos contestaban en hojas de lectura óptica.

Las instrucciones a los participantes fueron las siguientes:

"Este cuestionario trata de investigar cómo algunos problemas de salud pueden deberse a muchas de las cosas que hacemos todos los días. También se trata de buscar maneras de mejorar nuestro bienestar y salud y los de nuestra familia. El cuestionario es completamente anónimo, no escribas tu nombre ni hagas anotaciones que te puedan identificar. Esta información se usará exclusivamente con fines de análisis estadístico y para diseñar programas preventivos y de ayuda. No hay respuestas buenas ni malas, por favor contesta las preguntas con toda franqueza, diciendo la verdad. Trata de no dejar ninguna pregunta sin contestar. Las preguntas empiezan con una parte escrita y después tienen varias posibilidades para escoger. Por favor escoge la opción que mejor refleje tu propio caso rellenando completamente el circulito correspondiente en la hoja de respuestas como se muestra en el ejemplo. Recuerda, no hay respuestas buenas ni malas, por tanto, no te preocupes por puntajes ni calificaciones. Por favor lee cuidadosamente cada pregunta o enunciado y contesta con la verdad. Recuerda que de este estudio se podrán derivar recomendaciones muy útiles para tí mismo(a) o para otras personas o familias. Si tienes alguna pregunta o duda, con toda confianza pregúntanos y con mucho gusto te ayudaremos. La primera parte de este cuestionario contiene información general además de una lista de problemas de salud que cualquiera de nosotros puede tener en distintos momentos de nuestra vida. La segunda parte tiene preguntas o enunciados

sobre nuestra historia familiar o personal. No escribas ni hagas marcas en este cuestionario..."

Una vez que el aplicador explicaba el propósito general de la encuesta y distribuía los inventarios para su contestación, no había intervención alguna por su parte excepto en el caso de preguntas por parte de algún alumno. El sistema de entrenamiento de los docentes-aplicadores hizo énfasis especial en que éstos se limitaran a parafrasear algún reactivo en caso de duda sobre su redacción, cuidando no inducir artificialmente respuesta alguna. Una vez que un alumno terminaba de contestar el inventario y, como precaución adicional para garantizar el anonimato del sujeto, se instruía a éste para dejarlo en una pila sobre un escritorio y, en otra pila, la hoja de respuestas y se le despedía, agradeciéndole su participación.

ANALISIS ESTADISTICO DE DATOS

Se llevó a cabo un análisis descriptivo de los datos, calculándose medias de las frecuencias de respuesta a las diferentes opciones de cada reactivo, así como los porcentajes correspondientes. Posteriormente, se agruparon aquéllas correspondientes a frecuentemente y siempre o casi siempre, y las referentes a nunca o casi nunca y pocas veces, por el otro.

Tabla 1

RELACION CON EL PADRE

126	Mi padre me mostraba afecto o cariño	.76
128	Mi padre me apoyaba frente a problemas	.74
111	Mi padre y yo platicábamos como buenos amigos	.73
104	Mi padre mostraba interés por mis opiniones	.71
102	La relación con mi pareja era.....	.69
122	Yo tenía confianza en mi padre	.68
116	Mi padre me comparaba negativamente con otros	-.40

RELACION CON LA MADRE

123	Yo tenía confianza en mi madre	.73
112	Mi madre y yo platicábamos como buenos amigos	.73
129	Mi madre me apoyaba frente a problemas	.73
170	Mi madre mostraba interés por mis opiniones	.70
108	La relación con mi madre era.....	.70
121	Mi madre me ordenaba en tono duro y ofensivo	.53
127	Mi madre me mostraba afecto o cariño	.55

RELACION DE PAREJA DE LOS PADRES

133	Mis padres se peleaban discutiendo a gritos	.74
135	Mis padres se peleaban frente a mí o mis hermanos	.71
136	Mis padres se amenazaban con el divorcio	.62
134	Mis padres se peleaban con violencia física	.71
132	Mis padres se mostraban cariñosos	-.44

AMBIENTE FAMILIAR

107	Mi madre usaba drogas	.89
105	De chico mi madre vivía en la misma casa	-.83
101	Mi padre usaba drogas	.83
117	Mi madre me comparaba negativamente	.63
120	Mi madre me ordenaba en tono duro y ofensivo	.53
98	De chico mi padre vivía en la misma casa	-.43
127	Mi madre me mostraba afecto o cariño	-.41

RESULTADOS

La tabla 2 muestra los datos relacionados con el padre. El porcentaje promedio de respuestas que entrañaban una buena relación con el padre, tales como demostraciones de afecto por parte de éste, etc. fue de 63.4%. En general, la relación con el padre buena o muy buena obtuvo un porcentaje de 75.2%. Destaca también, un porcentaje de respuesta de 83.3% para nunca o casi nunca que el padre comparaba negativamente con otros. El porcentaje más bajo con referencia al nivel de confianza fue de 34.1% en relación con los sujetos que no demostraron confianza en su padre 47.4%. El porcentaje promedio de respuestas que se relacionaban con una deficiente relación con el padre fue de 20.19% para respuestas nunca o casi nunca y pocas veces. Se encontró que el apoyo que brindaba el padre era de 20.1% para nunca o casi nunca. En cuanto a la relación con el padre calificada como mala y muy mala se encontró un 6%. En general, la comunicación con el padre mostró un porcentaje de 19.7% a las opciones 2 a 1 vez al año ó menos.

La tabla 3 se refiere a los datos relacionados con la madre. Se obtuvo un porcentaje promedio de respuestas que destacan una buena relación con la madre, tal como demostración de afecto, interés, apoyo, etc. (76.8%). En general, la relación con la madre buena o muy buena obtuvo un

porcentaje de 88.7%. Otra respuesta que indica un porcentaje de 82.4% en frecuentemente, siempre o casi siempre hace referencia a la actitud de apoyo por parte de la madre frente a problemas. En cuanto a la manera para ordenar en tono duro y ofensivo mostró un porcentaje de 89.7% en nunca o casi nunca y pocas veces. El porcentaje promedio de respuestas que se relacionaban con una relación deficiente con la madre resultó ser de 16.4%. El 22.4% en nunca o casi nunca y pocas veces se dio al reactivo de demostraciones afectuosas. Sólo el 2.7% de los sujetos refirió una mala y muy mala relación con la madre.

La tabla 4 muestra la relación de pareja de los padres. El porcentaje promedio de respuestas que entrañaban una buena relación de pareja indica un 70.6%. La violencia física entre la pareja, con respuestas nunca o casi nunca y pocas veces se encontró en un 85.5%, así como en un 74.5% de nunca o casi nunca amenazas de divorcio. El porcentaje más bajo resultó ser de 62.7% de nunca o casi nunca de discusiones verbales entre la pareja de los padres. El porcentaje promedio de respuestas de una relación deficiente de pareja fue de 14.5%. El 19.3% en frecuentemente, siempre o casi siempre correspondió a las discusiones de pareja frente a los hijos. Las demostraciones afectuosas entre la pareja correspondieron a un 17.7% en nunca o casi nunca y pocas veces.

La tabla 5 refleja el ambiente familiar. El porcentaje promedio de respuestas relacionadas con un buen ambiente familiar tales como no usar drogas por parte de los padres, el vivir todos los miembros de la familia en la misma casa, etc. fue de 87.9%. En general, el uso de drogas por parte de la madre y del padre en nunca o casi nunca y pocas veces fue de 95.1% y 95% respectivamente. Tanto la madre como el padre que cohabitaban en el mismo hogar en frecuentemente, siempre o casi siempre fue de 93.8% y 85.4% respectivamente. En cuanto al porcentaje promedio de respuestas con un ambiente familiar deficiente fue de 8%. Se mostró un 10.2% en nunca o casi nunca y pocas veces en demostraciones afectuosas por parte de la madre. La manera de ordenar en tono duro u ofensivo por parte del padre frecuentemente, siempre o casi siempre fue de 10.1%.

Cabe aclarar que el 93.1% de los sujetos entrevistados pertenecen a un nivel socioeconómico medio bajo, medio y medio alto, siendo en su mayoría, 53.7%, de un nivel socioeconómico medio. Estos resultados se obtuvieron a través de un reactivo que indica el nivel socioeconómico del sujeto. Las clasificaciones del nivel socioeconómico y sus frecuencias fueron las siguientes: en beneficencia 17, clase trabajadora 200, clase media baja 465, clase media 1777, clase media alta 838, clase alta 12, no determinadas 123.

Tabla 2

RELACION CON EL PADRE

	REACTIVO	Frecuentemente Siempre o Casi Siempre		Nunca o Casi Nunca Pocas Veces	
		Frecuencia	Porcentaje	Frecuencia	Porcentaje
126	Mi padre me mostraba afecto o cariño	2302	69.9 %	556	16.9 %
128	Mi padre me apoyaba frente a problemas	2143	67.3 %	640	20.1%
111	Mi padre y yo platicábamos como buenos amigos	casi diario / 1 vez a la semana 2056	62.9 %	2 veces al año / 1 vez al año o menos 645	19.7 %
104	Mi padre mostraba interes por mis opiniones	1881	57.1 %	738	22.4 %
122	Yo tenia confianza en mi padre	1124	34.1 %	1561	47.4 %
116	Mi padre me comparaba negativamente con otros	nunca o casi nunca/pocas veces 288	8.8%	frecuentemente/siempre casi siempre 2727	83.3%
102	La relación con mi padre era ...	muy buena / buena 2481	75.2 %	mala / muy mala 198	6.0 %

 $\bar{X} = 63.4 \%$
 $\bar{X} = 20.19 \%$

Tabla 2

RELACION CON EL PADRE

	REACTIVO	Frecuentemente Siempre o Casi Siempre		Nunca o Casi Nunca Pocas Veces	
		Frecuencia	Porcentaje	Frecuencia	Porcentaje
126	Mi padre me mostraba afecto o cariño	2302	69.9 %	556	16.9 %
128	Mi padre me apoyaba frente a problemas	2143	67.3 %	640	20.1%
111	Mi padre y yo platicábamos como buenos amigos	casi diario / 1 vez a la semana 2056	62.9 %	2 veces al año / 1 vez al año o menos 645	19.7 %
104	Mi padre mostraba interes por mis opiniones	1881	57.1 %	738	22.4 %
122	Yo tenia confianza en mi padre	1124	34.1 %	1561	47.4 %
116	Mi padre me comparaba negativamente con otros	nunca o casi nunca/pocas veces 288	8.8%	frecuentemente/siempre casi siempre 2727	83.3%
102	La relación con mi padre era ...	muy buena / buena 2481	75.2 %	mala / muy mala 198	6.0 %

$$\bar{X} = 63.4 \%$$

$$\bar{X} = 20.19 \%$$

RELACION CON LA MADRE

Tabla 3

REACTIVO	Frecuentemente Siempre o Casi Siempre		Nunca o Casi Nunca Pocas Veces		
	Frecuencia	Porcentaje	Frecuencia	Porcentaje	
123	Yo tenia confianza en mi madre	2040	60.5 %	746	22.1
129	Mi madre me apoyaba frente a problemas	2764	82.4 %	281	8.3 %
110	Mi madre mostraba interes por mis opiniones	2513	74.7 %	339	10.1 %
127	Mi madre me mostraba afecto o cariño	1881	57.1%	738	22.4%
121	Mi madre me ordenaba en tono duro u ofensivo	nunca o casi nunca/pocas veces 98	2.9%	frecuentemente/siempre o casi siempre 3019	89.7%
108	La relación con mi madre era ...	muy buena / buena 3000	88.7 %	mala / muy mala 90	2.7 %
112	Mi madre y yo platicábamos como buenos amigos	casi diario / una vez a la semana 2842	84.7 %	1 vez al año / 2 veces al año 199	6.0 %

$\bar{X} = 76.8 \%$

$\bar{X} = 16.43 \%$

Tabla 4

RELACION DE PAREJA DE LOS PADRES

	REACTIVO	Frecuentemente Siempre o Casi Siempre		Nunca o Casi Nunca Pocas Veces	
		Frecuencia	Porcentaje	Frecuencia	Porcentaje
133	Mis padres se peleaban discutiendo a gritos	584	12.5 %	1978	62.7 %
135	Mis padres se peleaban frente a mí o mis hermanos	625	19.3 %	2106	65.2 %
136	Mis padres se amenazaban con el divorcio	512	16.0 %	2376	74.5 %
134	Mis padres se peleaban con violencia física	225	7.2 %	2694	85.5 %
132	Mis padres se mostraban cariño	nunca o casi nunca/pocas veces 568	17.7%	frecuentemente/siempre o casi siempre 2102	65.5%

 $\bar{X} = 14.5 \%$ $\bar{X} = 70.6 \%$

Tabla 5

AMBIENTE FAMILIAR

	REACTIVO	Frecuentemente Siempre o Casi Siempre		Nunca o Casi Nunca Pocas veces	
		Frecuencia	Porcentaje	Frecuencia	Porcentaje
107	Mi madre usaba drogas	132	4.0 %	3080	95.1 %
101	Mi padre usaba drogas	127	3.9 %	3066	95.0 %
117	Mi madre comparaba negativamente	329	9.8 %	2780	83.3 %
120	Mi padre me ordenaba duro u ofensivo	331	10.1 %	2666	81.0 %
105	De chico mi madre vivía en la misma casa	Nunca o casi nunca / pocas veces 178 5.5%		Frecuentemente 3026 93.8%	
98	De chico mi padre vivía en la casa	414	12.6%	2820	85.4%
127	Mi madre mostraba afecto o cariño	345	10.2 %	2759	81.7 %

 $\bar{X} = 8.0 \%$ $\bar{X} = 87.9 \%$

CONCLUSIONES

De acuerdo a esta investigación, se encontró que predominantemente existe una relación positiva del adolescente con la figura paterna, en lo que se refiere a signos de afecto, apoyo, interés, relación, comunicación y concepto del padre sobre el hijo (imagen). Sin embargo, se encuentran indicios de un bajo nivel de confianza del adolescente hacia el padre, aunque aparentemente existe una buena relación. Este hecho no debe ignorarse ya que éste es un factor que se ha encontrado que deteriora la comunicación entre padres e hijos, como lo menciona Baumrind (1967) en su estudio. La comunicación entre padres e hijos es una de las dimensiones importantes para una buena adaptación psicosocial.

En lo que respecta a la relación de la madre con el adolescente se encontró que un alto porcentaje de los mismos expresaron en general tener confianza, apoyo, interés, afecto por parte de la madre, así como un buen concepto de la madre hacia el hijo (imagen), resaltando la comunicación que deriva de la confianza que el adolescente tiene en ésta.

En comparación de las relaciones del adolescente entre el padre y la madre resalta el hecho de la existencia de un vínculo más estrecho del adolescente hacia la madre que hacia el padre. Esta comparación resulta consistente con lo

referido por Elder (1962), quien halló que los adolescentes participantes de su estudio percibían a sus madres más comprensivas, expresivas de afecto y con mayor interés que a sus padres.

En cuanto a las relaciones de pareja de los padres, se muestra una convivencia buena entre ellos, en la cual la incidencia de violencia física y amenazas de divorcio es mínima. Sin embargo la incidencia referente a la violencia de tipo verbal (discusiones de pareja frente a los hijos) aunque es baja debe de considerarse. Aunque existen con mayor frecuencia signos de afecto y cariño.

Esta percepción que presenta el adolescente de las buenas relaciones entre sus padres conlleva al óptimo desarrollo emocional, social e intelectual del adolescente, lo cual induce a una retroalimentación de la pareja sobre su habilidad como padres y a tender a seguir mejorando la calidad de la crianza. Koudelkova (1989) analizó la relación de los padres desde la perspectiva de los hijos en donde se expresa la importancia de la calidad de la relación de pareja, ya que la existencia de tensiones e irritabilidad provoca insatisfacciones maritales y conflictos de pareja, lo cual se refleja en las actitudes hacia los hijos, mostrando una crianza basada en la hostilidad, resultando perjudicial para la salud mental de los mismos.

En lo que respecta a la relación familiar, se observó que hay una buena integración de la familia, en donde el uso de drogas por parte de los padres es casi nulo. Se dio la presencia física de ambos padres, aunque hay un porcentaje de 12.6% de ausencia del padre en relación con un 5.5% de ausencia de la madre.

En relación a este aspecto Santiago Ramírez (1962) expresa que desde la primera infancia del mexicano su vínculo con la madre es más estrecho que con el padre, es decir, el niño participa en labores conjuntas con la madre hasta entrada la adolescencia donde puede valerse por sí mismo. Es ella quien satisface sus necesidades de alimentación, afecto, cuidado, etc. No así el padre, quien tiende a vivir despegado del círculo familiar. Sin embargo estos estudios no son sistemáticos.

A mediados de la década de los años 50's, la estructura de la familia mexicana se fundamentaba en dos proposiciones fundamentales: la supremacía del padre (machismo) y el autosacrificio de la madre (Díaz-Guerrero, 1955). Después de 35 años, estas proposiciones han cambiado significativamente pues tanto hombres como mujeres se muestran menos rígidos ante esta posición. Dado este cambio la figura masculina ha cobrado mayor participación dentro de las actividades familiares (Lara Tapia & Gómez Alegría, 1991).

Se ha observado que la imagen de los padres que tenían tanto hombres como mujeres de la sociedad mexicana en los últimos 35 años ha evolucionado. La actitud es menos rígida con respecto a la obediencia y al respeto, ya que las actitudes de los jóvenes es más crítica hacia los padres, disminuyendo así el autoritarismo de éstos. La evolución del cambio se debe a que los padres mexicanos han experimentado modificaciones en su comportamiento, es decir, se muestran más abiertos a la comunicación con sus hijos y han establecido relaciones con bases más firmes en amor que en el autoritarismo (Lara Tapia, Gómez Alegría y Fuentes Morales, 1992, 1993).

Cabe recordar que el 93.1% de los sujetos entrevistados pertenecen a un nivel socioeconómico medio-bajo, medio y medio-alto, siendo en su mayoría, 53.7%, de un nivel socioeconómico medio. Sin embargo, habría que investigar el comportamiento de padres de nivel socioeconómico bajo en cuanto a su estilo de crianza.

En términos generales, los resultados arrojados en esta investigación, sugieren una percepción positiva del adolescente con respecto a su familia y a sus padres. Lo que es congruente con una buena adaptación emocional, social e intelectual de acuerdo con la literatura antecedente.

En las relaciones que el adolescente sostiene con sus padres y su ambiente familiar, de esta investigación, se encuentran inmersas algunas de las variables y conductas de los padres arrojadas por las diferentes investigaciones que clasifican los estilos de crianza. La confianza, el afecto y cariño, interés, apoyo, ambiente familiar sin tensiones, son componentes del estilo de crianza democrática (Baldwin, 1949; Baumrind, 1967; Elder, 1962), igualitaria (Elder, 1962), afectuosa permisiva (Becker, 1964; Schaefer, 1961; Sears, Maccoby & Levin, 1957) asociados con un buen funcionamiento adaptativo que presentan la mayoría de hogares de los sujetos estudiados.

Sin embargo, aunque los sujetos estudiados presentan resultados alentadores en cuanto a los estilos de crianza se refieren, no debemos pasar por alto dos situaciones importantes.

La primera se refiere al hecho de la relación con el padre, que comparada con la relación materna, se muestra de menor calidad y pudiera ser de menor participación. Aún así estos resultados contradicen lo afirmado por Santiago Ramírez (1962), quien destaca que en las diversas clases sociales mexicanas en donde el cuidado del niño estuvo a cargo de la madre y en ocasiones sólo fue esporádico, en algunos casos, éste actúa en contra del padre por una motivación fundamentalmente psicológica, desencadenándose así actos de

tipo psicopatológicos como la delincuencia, a través de los cuales se "desquita" en contra de la ausencia física o moral del padre. Aunque actualmente se conservan ciertas pautas de conducta de estas afirmaciones, es evidente que la influencia de factores de cambio como los medios masivos de comunicación, los movimientos sociales como son las tendencias liberales, feministas, etc. que tienden a formar sociedades más igualitarias han sido los generadores del cambio de la sociedad mexicana (Lara Tapia, Gómez Alegría & Fuentes Morales, 1992). Por ello, los roles de los padres se han visto afectados en forma positiva para crear un ambiente familiar más estable que fomente la óptima adaptación psicosocial del individuo.

Por otro lado, aunque la mayoría de los sujetos del estudio refirieron una buena interacción familiar, no se debe pasar por alto la minoría que no refirió una buena interacción familiar, sería mejor analizar los factores que intervienen en desajustes emocionales desde el punto de vista de estudios sistemáticos, ya que esta minoría podría desarrollar problemas emocionales y adaptativos que interfieran en toda actividad humana y que repercutan en términos de costo social, económico, salud pública, bienestar y productividad. Esto se podría prevenir elaborando programas de prevención para padres de familia, logrando una mejor integración de los niños y jóvenes al sistema familiar. Estos programas deben incluir la forma de relacionarse padres e

hijos ya que la mayoría de las veces los padres están inmersos en una gran cantidad de actividades, lo cual crea una desorientación en cuanto a la forma de tratar a los hijos, repercutiendo así, en una educación inadecuada. Esto genera sentimientos de rechazo entre padres e hijos y consecuentemente una comunicación defectuosa. Por lo tanto, la prevención primaria es importante ya que se refiere a la promoción y/o mantenimiento de estilos de vida y formas de interacción familiar y social que promueven el bienestar psicológico del individuo (Hernández Guzmán & Sánchez Sosa, 1991).

Los resultados arrojados por la presente investigación servirán de apoyo para generar programas de prevención para padres de familia en riesgo por mostrar estilos de crianza defectuosos y ayudar así a promover la salud mental y lograr una mejor integración de los niños y jóvenes al sistema familiar. Además conducirán a realizar investigaciones futuras buscando las relaciones entre los factores estudiados y problemas psicológicos, tomando en consideración otras variables como rendimiento escolar, el rango de edades, escolaridad y ocupación de los padres. Habría que investigar también las prácticas de crianza en poblaciones de bajo nivel socioeconómico y marginado, hasta rural, ya que este estudio se hizo con estudiantes citadinos, y someter a prueba las intervenciones preventivas que se diseñen.

DISCUSION

Los estilos de crianza van a estar determinados radicalmente por la cultura en la que nazca el individuo. Esto es, cada sociedad tendrá diferentes patrones de conducta a seguir, los cuales, serán "formas adecuadas" a groso modo de educar a los niños. Lo que es bueno para cierta sociedad puede ser secundario para otra. Esto no quiere decir que no influya siempre sobre el comportamiento sino obedecerá a sus necesidades primordiales.

El éxito o fracaso del niño dependerá del hogar al que pertenezca y las relaciones que tenga con sus padres. De aquí la importancia de analizar los diferentes estilos de crianza que contribuyen al ajuste o desajuste personal y social del individuo, los cuales en situaciones óptimas fomentarán un buen concepto de sí mismo, competencia, autonomía, independencia, capacidad para establecer relaciones interpersonales y capacidad para la solución de problemas (Davidoff, 1979). El desequilibrio de estos factores acarrear consecuencias tales como depresiones, conflictos internos y, en algunas ocasiones, serios niveles de desadaptación.

Han sido varios los investigadores que han enfocado los estilos de crianza desde diferentes perspectivas, realizando diversas clasificaciones, tomando en consideración diferentes variables como el autoconcepto, el afecto, la hostilidad, etc. Sin embargo, aunque las conclusiones generales de tales estudios han sido consistentes, no permiten hacer comparaciones en términos de interacciones de grano fino con la población mexicana, ya que en su mayoría se han llevado a cabo con poblaciones de otros países, los cuales, poseen otra cultura e idiosincrasia. De ahí deriva la importancia de esta investigación donde se puede apreciar de manera particular la ocurrencia de las interacciones padres e hijos en México. Sería relevante que las subsecuentes investigaciones se llevaran a cabo en México tanto en poblaciones rurales como citadinas, así como abarcar diferentes etapas del desarrollo del individuo (niñez y adolescencia), pues así existiría una mayor pauta de comparación entre niveles socioeconómicos y edades. Así, de esta manera se establecerían e impartirían programas de prevención de salud mental dirigidos a personas que estén a cargo de la educación.

Por otra parte aunque los resultados arrojados por la presente investigación son alentadores desde el punto de vista de los estilos de crianza, ya que presentan en su mayor parte dimensiones de crianza que fomenta la buena adaptación del individuo, existe una minoría que proviene de hogares con dimensiones de estilos de crianza no favorables para una

buena adaptación. Por lo tanto es importante considerar a la minoría para estudiar específicamente cuáles son y cómo se dan las causas que se originan en la crianza y conllevan a un desajuste del individuo.

BIBLIOGRAFIA

Baldwin, A. L. (1949). The effect of home environment on nursery school behavior. Child Development, 20, 49-62.

Baldwin, A. L., Kalhorn, J. & Breese, F. H. (1949). The appraisal of parent behavior. Child Development, 63, 299.

Baumrind, D. (1967). Child care practices anteceding three patterns of preschool behavior. Genetic Psychology, 75, 43-88.

Baumrind, D. (1973). The development of instrumental competence through socialization. In A. D. Pick (Ed.), Minnesota Symposium Child Psychology, 7, 3-46. Minneapolis: University of Minnesota Press.

Baylin, B. (1960). Education in the forming of American society. Needs and opportunities for study. Chapel Hill, N. C.: University of North Carolina Press.

Becker, W. C. (1964). Consequences of different kinds of parental discipline. En M. L. Hoffman y L. W. Hoffman (Eds.). Child Development, 1. New York.

Branden, N. (1988). Cómo mejorar su autoestima. México: Edit. Paidós.

Bricklin, B. (1988). Causas psicológicas del bajo rendimiento escolar. México Edit. Pax.

Caldwell, B. M. (1964). The effects of infant care. Child Development Research, 1. New York.

Caplan, N., Whitmore, J., Bui, Q. & Trautmann, M. (1985). Scholastic achievement among the children of Southeast Asian refugees. Ann Arbor: Institute for Social Research.

Coopersmith, S. (1967). The antecedents of self-esteem. San Francisco: W. H. Freeman.

Cowen, E. L. (1980). The wooing of primary prevention. American Journal of Community Psychology, 8, 258-284.

Darling, N. & Steinberg, L. (1993). Parenting style as context: An integrative model. Psychological-Bulletin, 113 (3), 487-496.

Davidoff, L. (1979). Introducción a la Psicología. New York: Edit. Mc Graw-Hill.

De La Fuente, M. R. (1978). Psicología Médica. México: Fondo de Cultura Económica.

De Man, A. & Welsh, M. (1987). Age, education and perceived parental control. Perceptual and Motor Skills, 65 (1), 252.

Demos, J. (1970). Little common wealth: Family life in Plymouth Colony. New York: Oxford University Press.

Elder, G. H., Jr. (1962). Structural variations in the child rearing relationship. Sociometry, 25, 241-262.

Erikson, E. (1959). Eight ages of man. In Childhood and Society. Nueva York: W. W. Norton & Company Inc.

Escalante, P. (1985). Educación e ideología en el México Antiguo. México: Consejo Nacional de Fomento Educativo.

Felt, J. (1920). Hostages of fortune: Child labor reform in New York State. New York: Syracuse University Press.

Feshbach, N. D. (1984). The relationship of childrearing factors to children's aggression, empathy and related positive and negative social behaviors. In J. de Witt & W. W. Hartup (Eds.), Determinants and origin of aggressive behavior. (Pp. 25-30). The Hague: Mouton.

García-Pelayo, R. (1985). Pequeño Larousse Ilustrado. Ediciones Larousse.

Gollin, E. S. (1981). Developmental plasticity: Behavioral and biological aspects of variations in development. New York: Academic Press.

Harralson, T. & Lawler, K. (1992). The relationship of parenting styles and social competency to type A behavior in children. Journal of Psychosomatic Research, 36 (7), 625-634.

Hernández Guzmán, L. & Sánchez Sosa, J. J. (1991). Prevención primaria del deterioro psicológico: Factores de riesgo y análisis etiológico a través de un modelo interactivo. Revista Mexicana de Psicología, 8 (1-2), 83-90.

Josselyn, I. M. (1948). Psychosocial development of children. Psychological Monographs, 58 (6).

Kessler, J. W. (1966) Psychopathology of childhood. Englewood Cliffs, N. J.: Prentice Hall.

Kim, Y. & Stevens, J. H. (1987). The socialization of prosocial behavior in children. Childhood Education, 63 (3), 200-206.

Koudelkova, A. (1989). The problem of correlation between dimensions of hostility and authoritativeness in parental child rearing practices. Studia-Psychologica, 31 (4) 295-308.

Kugle, C. L., Clements, R. O. & Powell, P. M. (1983). Level and stability of self-esteem in relation to academic behavior of second graders. Journal of Personality and Social Psychology, 44 (1), 201-207.

Lamborn, S., Mounts, N., Steinberg, L. & Dornbusch, S. (1991). Patterns of competence and adjustment among adolescents from authoritative, authoritarian, indulgent and neglectful families. Child Development, 62 (5) 1049-1065.

Lara Tapia & Gómez Alegría (1991). Cambios socioculturales en respecto al machismo y la virginidad: Un estudio al cambio social. Revista Mexicana de Psicología, 8 (1-2), 17-32.

Lara Tapia, Gómez Alegría & Fuentes Morales (1992). Cambios socioculturales en los conceptos de obediencia y respeto en la familia mexicana: un estudio en relación con el cambio social. Revista Mexicana de Psicología, 9 (1), 21-26.

Lara Tapia, Gómez Alegría & Fuentes Morales (1993). Cambios socioculturales en los conceptos de abnegación en la familia mexicana: un estudio en relación con el cambio social. Revista Mexicana de Psicología, 10 (1), 29-34.

Leavell, L. H. & Clark, E. (1969). Preventive Medicine for the Doctor in his community. New York: McGraw Hill.

Lomax, E. (1978). Science and patterns of child care. New York: Freeman and Company.

Maccoby, E. E. (1961). The taking of adult roles in middle childhood. Psychology, 63, 493-503.

Maccoby, E. & Martin, J. (1983). Socialization in the context of the family: Parent-child interaction. In E. M. Hetherington (Ed.), Handbook of Child Psychology: Vol. IV, Socialization, Personality and Social Development. (4th edition Pp. 1-10). New York: Wiley.

Mc David, J. & Garwood, S. S. (1978). Understanding children. Promoting human growth. Lexington Massachusetts Toronto.

Melgarejo Vivanco, J. L. (1985). Los totonaca y su cultura. Xalapa, Veracruz, México: Biblioteca Universidad Veracruzana.

Merill, M. A. (1962). Problems of child delinquency. Boston: Houghton Mifflin.

Morrow, W. & Wilson, R. (1967). Family relations of bright high-achieving and underachieving high school boys. Child Development, 32, 501-510.

Parish, T. S. & McCluskey, J. J. (1992). The relationship between parenting styles and young adults' self-concepts and evaluations of parents. Adolescence, 27 (108), 915-918.

Platt, L. (1969). The child savers: The invention of delinquency. Chicago: University of Chicago Press.

Ramírez S. (1962). El mexicano. Psicología de sus motivaciones. México: Edit. Pax.

Rosenthal, M. J. (1962). Father-child relationships and children's problems. AMA Arch. gen. Psychiat. 7, 360-373.

Samuels, S. C. (1981). Long term effects of early childhood educational enrichment programs: Preventive implications. Journal of Preventive Psychiatry, 1 (1), 57-75.

Schaefer, E. S. (1961). Converging conceptual models for maternal behavior and for child behavior. En J. C. Glidewell (Dir.), Parental attitudes and child behavior. Springfield, Ill.: Thomas.

Sears, R., Maccoby, E. & Levin, H. (1957). Patterns of child rearing. New York: Harper and Row.

Morrow, W. & Wilson, R. (1967). Family relations of bright high-achieving and underachieving high school boys. Child Development, 32, 501-510.

Parish, T. S. & McCluskey, J. J. (1992). The relationship between parenting styles and young adults' self-concepts and evaluations of parents. Adolescence, 27 (108), 915-918.

Platt, L. (1969). The child savers: The invention of delinquency. Chicago: University of Chicago Press.

Ramírez S. (1962). El mexicano. Psicología de sus motivaciones. México: Edit. Pax.

Rosenthal, M. J. (1962). Father-child relationships and children's problems. AMA Arch. gen. Psychiat. 7, 360-373.

Samuels, S. C. (1981). Long term effects of early childhood educational enrichment programs: Preventive implications. Journal of Preventive Psychiatry, 1 (1), 57-75.

Schaefer, E. S. (1961). Converging conceptual models for maternal behavior and for child behavior. En J. C. Glidewell (Dir.), Parental attitudes and child behavior. Springfield, Ill.: Thomas.

Sears, R., Maccoby, E. & Levin, H. (1957). Patterns of child rearing. New York: Harper and Row.

Serrot, N. & Teeban, R. (1961). Perception of the parent-child relationship and its relations to child adjustment. Child Development, 32, 373-378.

Stanfield, R. (1966). The interaction of family variable and gang variable in the etiology of delinquency. Social problems.

Steinberg, L., Lamborn, S., Dornbusch, S. & Darlin, N. (1992). Impact of parenting practices on adolescent achievement: Authoritative parenting, school involvement, and encouragement to succeed. Child Development, 63 (5) 1266-1281.

Swick, K. (1988). Parental efficacy and involvement: Influences on children. Childhood Education, 65 (1), 37-42.

Wentzel, K., Feldman, S. & Weinberger, D. (1991). Parental rearing and academic achievement in boys: The mediational role of social emotional adjustment. Journal of Early Adolescence, 11 (3) 321-339.

White, B. L. (1972). Fundamental early environmental influences on the development of competence. Paper presented at 3d. Western Symposium on Cognitive Learning Western Washington State.